

Indita, indita mía querida
que en tus ojos chorotegas,
prendiste el fuego de un romance
que me dejó cautivo
de tu indio corazón".

Las últimas notas de mi guitarra se acallaron con el suave roce de las manos de Esmirna. Por un instante, en la emoción de mi queja de amor, parecióme sentir una suave caricia en mis labios. Nunca supe si fué la luna, que prendió su luz en mi boca, o fueron los tibios labios de Esmirna, que así pagaron mi canción.

Volví en mí, cuando me preguntó cariñosa y gentil:

—Dime Cecilio... Qué suave embrujo tiene para ustedes los guanacastecos, el bello nombre de Nandayure?... Curiosa estoy por saber, qué emotividad y misterio hay en esto! Encuentro una rancharía y una hacienda con este nombre; lo encuentro en un río, y ahora tú en ese capricho chorotega, evocas la maravillosa incertidumbre del nombre Nandayure.

—Ah Esmirna! Es una historia dulce y pasional, pero larga de contar. Es la leyenda de la caciquesa Nandayure, dueña y señora de estas comarcas.

Tuvo un maravilloso idilio con el cacique Nicoyán, heredero del poderío chorotega, de la tribu de Nicoya. Este poderoso señor, alcanzaba sus dominios hasta Orotina y lo que es hoy Alajuela. En este idilio indígena, pasional, anduvo el nombre de un colono español, allá por los años 1599 a 1600, y que fuera compañero y Capitán de Pedrarias Dávila, y después acompañó a Juan de Cavallón y a Estrada Rávago en la conquista y colonización del poderío chorotega.

—Cuéntame esta historia Cecilio, ya sabes que todo esto me obsesiona, y más ahora que tú has despertado un nuevo anhelo en mi alma sentimental.

—Bueno Esmirna, te contaré la historia!

Letra de:
J. Ramírez Saizar

NANDAYURE

• CAPRICKO CHOROTEGA •

Música de:
"Los Talolinas"

arr. JULIO FONSECA

copla RODRIGO MONGE M

Allegro

Flor de la cumpa dul cea ma de mi a que re no che blan ca cau ti vo mi a mor Ba go la

Handwritten musical score for the piece "La Venganza de Nandayure". The score is written on ten staves, with the first two staves of each system containing piano accompaniment and the subsequent staves containing vocal lines. The key signature is one sharp (F#) and the time signature is 2/4. The lyrics are written below the vocal staves.

Lyrics:

lu na, se te jo di ro men ce day ne mor sai ra ge lle ro de do lor !

rall

lor . . .

Oh

2ª vez boca cerrada

dul - ce Nanda yu re mi - da la "Chir
di - to in di ta mia que ri da que en tus

ca" Cal Chaguisé flor gas tus o - jos de ces bol os
o jo tos a cho to to pren o - dio el fre go de un ro

cu man rú ce prendió en sus fron dastí biat vo el ni do de mi a de te rre dio co ra

mor a mor, mia me da Nan da yu re

que en tu pa len quea li vo guar das te mi do lor

morendo

30a

22

EL HALCON

Como un futuro Gran Cacique, Nicoyán paseaba sus triunfos por las llanuras interminas de la Península de Nicoya. (Guanacaste).

Mozo esbelto, garrido ejemplar de la raza chorotega, había heredado de sus mayores, como último vástago de la dinastía del Gran Cacique Niooa, aquel porte distinguido y gallardo. Tenía el atributo de su vasta cultura emanada de los nahuatl mexicanos, que lo hacía sobresalir entre las tribus chorotegas, como: indómito Cacique, buen ejemplar racial, y altivo guerrero.

Su juventud belicosa discurría, con la inquietud del agua del torrente, dejando tras de sí, un ambiente "culero" de estragos y zalamerías.

Su espíritu inquieto, mucho había aprendido de los "Too cu - Nuari", que allá por los años de 1522 cuando aún no gobernaba su padre, el Gran Cacique Niooa, invadieron la actual Provincia de Guanacaste, capitaneados por Gil González Dávila.

Estos españoles, sedientos de oro y de riquezas al amparo de su doctrina y sus oscuras civilizaciones, convirtieron las almas de los indios en humildes cristianos, y sus cuerpos recios en jauría obediente a sus caprichos y ambiciones.

Ellos sabían que los chorotegas eran riquísimos alfareros y finos orfebres y que domados por la religión, serían vetas inagotables que colmarían sus talegos. Por esto decidieron repartirse los indios en encomiendas, entre los galloferos más audaces, tratando así de esclavizar a un pueblo que había vivido por años, libre como las zarcetas en las orillas del mar.

A la sazón corría el año de gracia de 1599. Los "Too cu Nuari", eran para los indios como hombres de fuego. Montados en sus terribles "Yabekuta - chichí", como los indios los llamaban, le habían dado a Nicoyán una mejor cultura y nuevos modales, que lo hacían el hombre fuerte y más prominente de la tribu. Esta cultura costó mucho al joven Cacique, pues la insaciable codicia de los aventureros, creyó haber encontrado

una veta preciosa de oro inagotable. Sólo que aquellos hombres olvidaron que aún a pesar de sus regalos de baratijas y su Dios, no lograrían someter nunca al valiente pueblo choro-tega.

El Padre Estrada Rávago, con su Cristo amable y sus doctrinas y Juan de Cavallón con su espada y sus mosquetes, entraron a los palenques y a los ranchos, pero a sus almas indómitas jamás.

El joven Cacique Nicoyán al arrullo de las brisas tarderas, de esas que parecen un tabanco de curiol de un alfarero choro-tega, por su colorido exquisito con que pringa el paisaje de la llanura reserquida de verano..., estaba siempre alerta, siempre estaba de pie.

En las horas en que el paisaje reza de rodillas ante el sol, que se va caidizo—de espaldas en los jaraguales secos del poniente—, él estaba en la llanura. Las mañanitas con su frillito veranal y su helazón de aurora dormilona, hallaban a Nicoyán de pie en las crestas de las quebradas sierras que bordean la llanura. Las horas calurosas lo retenían frente al mar, en el abismo lempo de neblinas, bebiendo en la jícara de un sueño fogoso, el "tizte" florestal de aquel divino paisaje de las pampas. El era en fin, el crepúsculo mismo de las horas grises—adornadas de zapotes remaduros... de sandías y de papayas...— y él era el despertar altivo de todo nuevo amanecer.

En su poito josco y corcoveador, regalo del conquistador Don Juan de Cavallón — a precio de su bautismo y obediencia, y a cambio de mucho oro y figurillas de alfarería y cerámica nativa, — iba siempre montado al pretal, corriendo por el valle, la loma y la pradera. Iba con su aljaba y su carcaj lleno de flechas; con su silex al cinto..., ya enemigo en son de guerra, o jinete en son de cacería.

Su vida inquieta, audaz y altanera, suprema y montuna, le había creado un nimbo de leyenda... pues como un viento norte de esos que no amainan nadita, lo veían en Quirimán, por Diarí o en el Nozara. Los que le temían apenas se atrevían a cruzarse en sus rondas, borrachas de sereno.

Los algodonaes y sembradíos, con olor a tabaco y los tambos con olores a elequeme, o con olores a malinche, sabían de sus amores con las púberes indias de su tribu.

Los que no lo conocían, no le podían reconocer, o no identificaban ese sagaz aventurero, le llamaban el "huirú-wepá".

Los que ya le habían visto, como "cusucos" ronderos, "aguaitaban" a la sombra de los ceibos copudos que se perdiera en su carrera..., pues cuando Nicoyán — el Halcón— disparaba sus flechas, se iban a clavar ineludiblemente a la dis-

tancia con la fuerza con que se clavaban los estacones en el suelo, cuando se levanta un chinchorro.

El botín de caza, o el botín de guerra de Nicoyán, era siempre plato de disputa entre la tribu por lo rico y excesivo. Así era en el mar. De la cumbre de las rocas de los peñones costeros, se veía a veces como una silueta con su arco tendido. Disparaba la flecha y segundos después Nicoyán volaba detrás yéndose a perder entre las ondas del mar, para tomar la presa herida por el dardo. En este juego era como una exhalación... —como cuando las pipas caen del alto cocotero en línea recta a desgarrar el agua adormecida del remanso.

El Halcón era moreno, de cutis herrumbrado, de ojos negros, pequeños y chispeantes; de una gruesa boca sensual con rictus muy marcado, y una sonrisa vaga, como son vagas las ondas que se forman en la linfa de la poza, cuando los congos botan semillas en el cristal del agua. La ceja y la pestaña hirsutas. La frente muy altiva. El pelo era lacio, acrinado y negro y caía hasta sus hombros como un chorro de lodo oscuro, al resbalar en las rocas. De musculatura prominente, llevaba al desnudo su arrogante tallo, y sus formas atléticas sólo estaban disimuladas con la piel de un manigordo, rico trofeo de una de sus mejores cacerías.

Afable con sus amigos, era déspota con sus enemigos o con los que no cumplían su voluntad. Era el terror de los hombres en los valles, pues esa leyenda tejida en derredor de su persona, hizo que se tornara despiadado, mas aún con sus rivales, pues ya eran muchos los corazones de doncellas y los cuerpos púberes que se habían doblegado a sus caprichos de macho cabrío y de hombre dominante.

Era así el futuro cacique de las tribus chorotegas. Pasando a galope tendido en el lomo de su cholpo pasi-trotero, se había robado múltiples doncellas, que eran luego domeñadas a su antojo, en los playones del río... en los tambos de los bosques... en los recodos de las rondas florecidas de reseda y de jomeca... en los vados cercados de piñuelares en flor; entre los pastizales secos, borrachos de sol y de sereno y en las trochas de los maizales florecidos..., donde se confundían los gritos de gozo del sacerdote sacrificador de doncellas, los ayes espasmódicos de las hembras violadas, los relinchos del potro que tal vez en su inconsciencia de bruto, comprendiera el divino momento..., y la alharaca en fin de los guacos, alcavanes y quises que volaban asustados ante el quejido posero, de una hembra ya mujer, adormecida de amor.

Por el término de tres lunas, el ronco retumbar de los tambores acalló el rugido atronador de los congos en la selva. Ese redoble quejumbroso de los tambores de guerra, ponía en el espacio un marasmo de terror, en las mujeres un histérico nerviosismo y vértigos de soberbia y de heroísmo en los varones.

Los chorotegas formaron sus huestes. Nicoyán a la cabeza arengó a sus guerreros. Todos vistieron sus mejores galas en plumas, penachos, pompones, tatuajes y chaquiras. Los crestones multicolores, como insignias nobles de guerra, se alzaron sobre las testas hirsutas, y las lanzas, flechas, silex, las cerbatanas con dardos de malacahuite, las hondas con sus municiones afiladas, fueron sometidas al baño de las "niek-yeé", para que produjeran mayor efectividad al herir al enemigo... Por dos noches, las danzas al rededor de los ídolos, con libaciones y cantos, dieron más coraje a la tribu de Nicoyán, y en pequeños sorbos, tomaron en sus jucós más finos el "chim - chem - itsqué", brebaje estimulante que bebían los guerreros antes de entrar en combate.

Y fue así... Dos días después, los tambores de montaña hechos de cueros de "huri-yuná", anunciaban a los vientos la proximidad de una batalla. Por una vez más, el corazón de una mujer encendía un odio rival y era la causa de una batalla sangrienta, tan cruel, como rápida y efectiva.

Casi tomada por sorpresa la indiada de Quirimán, fueron cayendo en emboscadas sucesivas los vigilantes de avanzada, y cayó el Halcón sobre las rancherías, pasando a silex y hachazos por sobre los hombres que defendían su territorio y a su Jefe. En una mortal lucha cuerpo a cuerpo, venció la tribu de Nicoyán a sus rivales y obtuvo una victoria más para su pueblo. Un nuevo y fastuoso botín llevaría de trofeo a su padre; era una gloria más en su vida de guerrero; una pluma más en su crestón caciquil, pero una nueva pena en su alma de aventurero sagaz.

Casi destruida la indiada de Quirimán, sus chagüites y sus sembradíos copados, quemada la ranchería y vengada al mil por uno la muerte de Nandayme, esta correría guerrera no produjo ningún alivio a Nicoyán.

El Huirú - wepá, no quiso para sí la amargura de los trofeos personales que pertenecían al padre de Nandayme.

Sólo, triste y lloroso, se fué a la tumba donde reposaba el cuerpo de la india y le ofreció el último tributo de su cariño, quizás imaginándose que la que allí reposaba inerte, era el espejo de su pasión por Nandayure, porque si aquella era un amor cadáver en el "Kuro - Kali" —y quedaba sepultado

para él, este otro amor renacía —el de Nandayure— con más fuerza y obsesión.

—¡Carambas! —dijo Esmirna que escuchaba embebida.— Si me permites una interrupción, Cecilio, me haces recordar que en asuntos de amor, la historia es la misma desde tiempos inmemoriales.

—Por qué dices eso Esmirna? —inquirió Cecilio.

—Claro. Nicoyán perdió un amor, el de Nandayme, y ya estaba obsesionado por otra pasión, la de Nandayure. Como hombre al fin... pensó que cuando una vela se apaga, otra se enciende.

—No todos somos así Esmirna... No debes ser tan suspicaz... creo que yo puedo ser excepción!...—

—Bueno... continúa, y disculpa este lapsus linguae.

—Nandayure, estaba presa en su palenque, por el odio del padre y la ambición de Don Fernán, el colono español que la asediaba y trataba de comprar su cariño con baratijas y con armas.

Por eso el Halcón quiso quedarse a radicar en la derruida ranchería de Quirimán, para olvidar en aquel retiro el fracaso de su nuevo amor. Mandó a sus vasallos a hacer un túmulo de piedras, acarreado hora por hora el curiol, el barro y las piedras del río y elevando un ara al cielo, sepultó en esa tumba el cuerpo ya embalsamado a base de caraña, de la india sacrificada y organizó en su honor las danzas rituales, que durarían velando su tumba, por espacio de tres días.

En los campos cercanos ya las milpas empezaban a secar sus frutos. Las matas de maíz doblegadas al peso de sus muchas mazorcas plenas, se inclinaban hasta el suelo. La planta seca, a veces arrastrada por "los nortes", ponía en el suelo su pesado fardo cosechero. El bochorno y la pesantez de ese mes de Abril, ponía sonrojos y fastidios en las plantas reseacas de verano y en los rostros enjutos de fatiga. En este mes de Abril de 1599, se preparaba, como todos los años, la tradicional fiesta de "la Tapizca". Entre los indios, esta gramínea —el maíz— era venerada y cuidada, para la ofrenda a los dioses. Las milpas de Quirimán y sus valles adyacentes que fueron sembradas por los indios enemigos ya vencidos, estaban en sazón y debían recogerse.

Por eso el "Huirú - wepá", distribuyó en parcelas los campos, entre sus mejores guerreros y como reconocimiento a su acción. Pero como eran enormes las milpas y cada uno se sentía impotente para su trabajo, se reunieron todos los nuevos propietarios cosecheros para efectuar en conjunto la tapizca.

Primero irían todos juntos a tapizcar la milpa del primer favorecido, luego de hacer el trabajo total, todos pasarían a

la milpa del segundo cosechero, inclusive el primer colector y así sucesivamente. De modo que los unos ayudarían a los otros y éstos a los unos. Lo curioso Esmirna, es que aún hoy día, se conserva esta costumbre entre el laborioso y fraternal pueblo guanacasteco. Tanto para la siembra, para el volteo de montañas, el desmonte, para la zocola, para la aporca, para la tapizca, para la construcción de su vivienda, todos se ayudan mutuamente, comprometiéndose el dueño del trabajo, a proporcionar la comida y distracción de sus compañeros, mientras dura el trabajo. Durante esos días se mata una res o se mata un cerdo y gallinas y se prepara chicha, "pozol", tizte y "chicheme", para deleite gastronómico de los amigos trabajadores.

De este modo pues, Nicoyán, durante todo el tiempo hasta la definitiva y última fajina, llevaría el trabajo como si se tratara de una verdadera fiesta. Pues tal era entre chorotegas la época de la tapizca del maíz. Desde el amanecer del primer día se volcó la indiada rápida y afanosa sobre la primera milpa, tapizcando con tesón, mientras los indios y las indias cautivas, preparaban fermentos, chicha de maíz y comilonas, que a intervalos servían a los trabajadores. Al son de tambores y quijongos y de pequeñas tablitas de huizcoyol, gradualmente cortadas en tamaño y anchura puestas sobre cañamazo y una pequeña burra de balsa, golpeadas con varillas de tarangontil, alegraban la faena. Este instrumento de mil tonalidades, daba una música preciosa. El golpe de la varilla sobre la tecla, hacía vibrar una nota que unida a las otras, amalgamaban una cadencia. Este instrumento, llamado "Nirum-kaguá", no era otra cosa que la rudimentaria precursora de la marimba, instrumento indio que hoy día, lleva en sus notas, la gama musical del alma aborígen de la América entera. Ese tableteo del huizcoyol ya seco, acompañado del guijongo, de la chirimía, las ocarinas y los tambores, prendían un raro marasmo en los indios bravíos y sanguinarios, que confundían su canto gutural con el trueno, o con el trino de las aves.

Esa fiesta de la tapizca duró varios días; en las milpas se almorzaba, se comía alternativamente, de modo que poco tiempo después, estaba todo el trabajo concluido. Después vino el destuce de la mazorca hinchada. Las indias se encargaron de la selección del maíz y en enormes trojes y tabancos fué depositado el fruto, para la fiesta final.

El día fijado, un baño general matutino, inició la festividad sagrada. Cada cual vistió sus mejores prendas y adornos de oro y jade. Las danzas rituales empezaron delante del altar de "Zoolo - cu - Mará", conservado intacto por los indios. El tercer día de fiestas y de bailes, de cantos y de ritos, se llevaron a efecto los sacrificios humanos, dando gracias a los dioses

por el botín y cosecha obtenidos, y como culto ritual por la fiesta del maíz.

La hoguera inextinguible que ardía desde hacía tres días y tres noches, se avivó esa mañana para el rito final... De entre los cautivos se tomaron tres doncellas de quince, dieciocho y veinte años, fueron atadas desnudas al pie del ara y obligadas a tomar un brebaje que apaciguara el dolor del suplicio.

Luego el Gran Sacerdote adornó sus cuerpos núbiles con tuzas y mazorcas, y arrancándoles con una fina hoja de pederál sus erguidos pezones, cada cual desfiló con una enorme mazorca de maíz, empapándola en la sangre que goteaba de sus pechos mutilados para luego devorarlas entre gritos y danzas, como manjar sagrado.

El Pohoto, o gran sacerdote de la tribu abrió luego las entrañas de las víctimas y ofrendó el corazón a los dioses en la pira sagrada, y con su sangre roció enormes cantidades de maíz, que serían reservadas para la próxima siembra, como semilla bendita, porque así creían tener los indios el favor de los dioses para una mejor cosecha. Las partes púberes también fueron quemadas en desagravio a los dioses, por ser de vírgenes, y las entrañas restantes fueron lanzadas al pueblo, que dando alaridos de espanto, las tomaban entre sus dientes y luego, como poseídos de locura, huyeron a las montañas, entre danzas y gesticulaciones pavorosas.

Cuando las víctimas fueron totalmente consumidas por el fuego, la última llama se ahogó con la luz mortecina de la tarde en un vacío y desolación tenebrosos, como si nadie hubiese estado en aquel sitio.

Por todas partes: sangre goteada, maíz disperso, plumas, vestiduras, insignias, cenizas y silencio. Todo había concluido!

Sólo el último celaje del sol como buitre agorero, o como un coyote oteante, paseó sus luces cárdenas, por aquel paraíso solitario.

Luego vino la sombra y como un fantasma maldecido, envió con su capa raída de estrellas, el panorama macabro.

Al día siguiente, a la hora primera del alba, retumbaron con ecos bélicos los tambores de montaña... El "Huirú - wepá" escuchó con sobresalto, y obligó a Curé, su amigo y compañero, a contestar las señales con el tambor de guerra.

Poco después, un correo venido de la tribu de su padre le trajo la fatal noticia, de que los hombres blancos atacaban las rancherías vecinas. Aquellos "ñugo - yu - pá", sedientos de botín..., de oro y de más oro, querían conquistar las tierras de su padre. Ya la lucha estaba trabada con las tribus del cacique Nitah y del cacique padre de la bella india Nozara. Tam-

bién peleaban las tribus del Cacique Curime, la de Nambí, y la del Señor de Matambú, su buen aliado y todos súbditos de su padre.

Sólo faltaba él, el heredero, para detener los "huri-kurús", costeros hijos del sol que ya atacaban.

LA BATALLA

Nicoyán al momento reunió sus legiones. Esos hombres ávidos de sangre llevaban en la punta de su lanza de piedra la cabeza enmarañada de los vencidos.

Muchos fueron nobles que tenían la garganta, las orejas y los labios, cargados de anillos, de patenas, de ídolos y de pendientes de oro, de jade, de ágata y de conchas. La sed de sangre, el botín logrado y el deseo de nuevas luchas, aguijoneaban su carrera libre y, como potros desbocados corrían por la llanura, al son de sus tambores de guerra, sin haberse sabido nunca, si era el viento el que los seguía obediente, o eran ellos los que iban cabalgando las ráfagas huracanadas, con bridas de venganza entre sus manos, y un grito en la garganta tan estridente, agudo y uniforme, que se dirían eran torrentes salidos de su cauce y que arrasaban los sembradíos del vado.

Ya en el Valle del Vetka, luchaban los chorotegas con su padre a la cabeza, junto a la tribu de Curime, de Nambí, de Nitah y de Nozara y otras tribus aliadas como la de Matambú, contra los "Too cu nuarí", que volvían, ya no como amigos cristianizantes, sino capitaneados por don Fernán El Bueno, a quien tanto querían los indios, y que ahora pedía más oro a los nativos por medio de la razón o de la fuerza.

Eran ahora muy raras las indumentarias de los españoles, y peligrosas sus armas. La traición era el manto que envolvía sus anteriores bondades. Don Fernán el Bueno, y sus huestes, ya no venían con su Cristo amable sino con su felonía hecha arma de combate. Venían armados de arcabuces que vomitaban fuego, también traían a manera de arma poderosa, un artefacto compuesto por un caballete con una cuerda tensa, amarrada a sus extremos de dos estacones altos y flexibles clavados en el suelo. La cuerda resistía en su centro más tirante, una gran mecha inflamada, que al romper la cuerda su tensión era arrojada a la distancia como una bola de fuego. Traían entre cuatro o seis indios traidores una especie de angarilla pequeña, o cureña que colocaban a retaguardia, provistas de un doble trampolín de maderas flexibles, colocadas horizontalmente y en un supremo arco de tensión. En su extremo doblegado, colocaban grandes piedras, o mechones de algodón y cabuya en bruto, empapados de grasa de garrobo o de puerco

o de aceite de coco encendidos, y haciendo rebotar la parte tensa de la madera doblugada, por medio de un salto original del artillero que manejaba el artefacto, lanzaban así a larga distancia enormes lanzas, pedruzcos y bolas de fuego, que iban a causar estragos en las huestes chorotegas. Era un arma, verdadero lanzallamas u originales catapultas. Además, las lanzas con que peleaban los españoles eran largas astas que hacían daño a la distancia, sin permitirles exponer sus cuerpos.

Los mosquetes españoles, eran a lo lejos como latigazos de fuego en el pecho descubierto de los indios, que los lanzaban al suelo moribundos, entre gritos desgarradores. Sus floretes y espadas, a la indiada le parecían rayos de fuego, o fogonazos del cielo, que iban a caer en la cabeza erguida del nativo, desgarrando cabelleras y degollando guerreros.

Los indios en cambio, sólo traían enormes cerbatanas que arrojaban un delgadísimo dardo de "chicasquil", de coyol, de "huizcoyol" o de "malacahuité", que con su veneno activo hacían estrago inmediato. Este fino dardo sólo lo clavaban los indios en el cuello o en la garganta del enemigo con una puntería asombrosa, causando un ahogo y asfixia dolorosa en la víctima. También tenían lanzas aunque más cortas; picas de pedernal, mazas de piedra para la lucha cuerpo a cuerpo, flechas, navajas de obsidiana, hondas, un gran corazón y un gran arrojo que nadie se los disputaba.

Las huestes de Nicoyán que se acercaron por un flanco ejercieron una pinza envolvente que copó a los españoles entre dos cuerpos de lucha y que por largo rato los desorientó visiblemente, teniendo que recurrir a la fuga para así dar oportunidad a los indígenas de presentar un sólo frente de batalla. De entre los varios españoles caídos tomaron los indígenas arcabuses y mosquetes que destruyeron pavorizados, no así las lanzas y espadas que emplearon luego contra ellos mismos.

Con todo, los chorotegas empezaron a ceder terreno; el fuego de los lanzallamas enemigos les hacía mucho daño, cayendo como achicharrados. Los mosquetes y arcabuces hacían estragos mayores y diezmaban a los indios y los caballos ayudaban al éxito de los españoles. Los valientes defensores del suelo guanacasteco que fué hollado por "aipu tu wepá", se dispersaron por los bosques, dejando en el campo rico botín para los conquistadores, aunque se llevaban en su alma un odio implacable, por la traición de los blancos.

Esta gesta heroica de los chorotegas, aunque adversa, fué la pauta que marcara el heroísmo del pueblo actual guanacasteco, valiente y leal, para los fueros de su historia.

De esa época en adelante la rebeldía y la no sumisión de los indios a sus encomenderos, obligó a los españoles a

abandonar su sevicia y su implacable sed de oro, lo que dió libertad relativa a este pueblo viril y heroico, que años después, embriagado de patriotismo, declara el 25 de Julio de 1824, su anexión espontánea al entonces ya libre Estado de Costa Rica.

Porque has de saber, Esmirna, que nuestro pueblo guanacasteco siempre fué libre. Antaño no lograron su sumisión los sedientos españoles, y después, siendo Corregimiento y Alcaldía Mayor, era algo así como una Provincia de Segundo Orden, independiente de Costa Rica.

Es también un craso error historial, el creer que el Guanacaste haya pertenecido a Nicaragua; pues el Departamento de Nicoya independientemente, tuvo hasta representación en las Cortes y en la Diputación Provincial de León. Es verdad que en la parte eclesiástica sí estuvo Nicoya dependiente de la Diócesis de Nicaragua, pero nunca en lo civil ni en lo político, pues cuando un nicaragüense, llegó nombrado por el gobierno de Nicaragua a ejercer autoridad aquí, fué rechazado de plano y sacado con las cajas destempladas. Por eso es que los guanacastecos guardan en el ara sagrada de sus recuerdos y en el relicario de sus corazones, el nombre íntegro de Cupertino Briceño, que fue quien diera ante el Cabildo Nicoyano el grito de Anexión voluntaria a Costa Rica, cortando así de tajo ambiciones extrañas para apoderarse de nuestra bella región.



CONFABULACION

La epopeya guerrera de los chorotegas terminó allí. La victoria fue de los extraños y fuereros, pues la tribu del Cacique Tamyée, padre de la princesa Nandayure — famosa en todo el territorio por su belleza única — se ofreció a ayudar a los españoles ambiciosos, por rivalidades mezquinas con Nicoyán. Pero a pesar de la derrota, siempre hubo un chorotega con el arco tendido y la flecha envenenada, para clavarla en el cuello de algún enemigo y así vengar los caídos.

Al caer de la tarde de ese día, tercero de la luna menguante, los pocos indios dispersos se internaron en las selvas. Nicoyán, viéndose sólo y no pudiendo continuar la táctica de guerrillas, tomó lo más valioso de sus haberes y se refugió en las altas cimas de los cerros de Las Huacas, rocosos y empinados, con su amigo Curé. Ese era un refugio dominante y una atalaya suprema contra las tentativas de los enemigos y de los traidores, que querían hacerlo prisionero.

—Ya soy cacique! — dijo dolorosamente Nicoyán a su amigo Curé. Ahora me debes obediencia, pues mi padre ha muerto en la batalla. El me bendijo en nombre de los dioses de la tribu, consagrándome Gran Cacique y Señor de las tierras del Veaka, con dominios por el Norte hasta Nandayme y Diriamba, cerca de los dominios de Nicarao. Por el Este, hasta Avancari, Cotorí, Chomi, Churuteca y Gurutina...

—Sí, mi año, dijo Curé arrodillándose reverenciosamente en la roca escueta;—ahora como dueño y Señor, podrás vengarte, reconquistando el territorio de los traidores, por haber ayudado a tus enemigos, y así conquistar el amor de Nandayure la caciquesa más bella de las tierras de Nicoya.

—Nandayure, Nandayure! — exclamó el cacique en un arranque de idolatría. — Pero ahora pensemos en nuestra defensa, Curé. Contra esta muralla natural, se estrellarán poco a poco los enconos de los conquistadores, pues cada enemigo que trate de trepar a mi refugio, rodará por el farallón pesadamente, con el cuello atravesado por mis flechas de Halcón.

Si señor, — dijo Curé, — y en el barranco tendrá que ir a dormir como un plumón deshecho, que la noche botara desde el balcón de los cielos.

Solo una tristeza inaudita, minaba el porte viril de Nicoyán.

—Mi tribu está dispersa, — se lamentaba, — mis amigos están heridos. Muerto está mi padre y mis vasallos esclavos. Ya como Cacique no los volveré a arengar. Estoy sólo!

—No, mi Señor, no está sólo, — clamó Curé que aún permanecía arrodillado como un ídolo de barro colorado, en actitud de rezo ante algún Dios desconocido.—Quedo aún yo, para defender a mi Señor!

En el idioma de los tambores que truenan en la selva se conoce lo que está pasando. Oyite vos, Yarí...!

Pororón pon pón... pororón, pon pón...!

Trán tantantan... trán tantantan... trán...!

Póm... póm... póm... Pom...| pom... pom!

—Ese es Cuzo, Yarí! Dice en nuestra clave que el indio Tamyée, es aliado de los "ñugo - yupá"... Que los hombres de nuestra tribu han logrado todos escapar, quemando el campamento enemigo donde estaban prisioneros.

—Oh!, lo siento por Nandayure a quien mucho he amado en silencio! Tengo que ser enemigo de su padre... sollozó dolidamente Nicoyán.

De hecho, la tribu del cacique padre de Nandayure, su eterno rival y aliado de Quirimán estaba en su contra y confabulado con los "Too cu-Nuari", que no eran más que intrusos aventureros. Esos indios los surtían de alimentos a cambio de cuchillos y armas. Ellos les daban a conocer los secretos de las otras tribus rivales, a cambio de chanchos, perros y otros animales domésticos y chucherías, sin imaginarse estos indios traidores que era una misma raza y su misma idiosincrasia, las que estaban vendiendo al enemigo, pues los españoles empezaban de este modo a conocer los secretos y costumbres privadas de los nativos, datos que ellos después aprovechaban, contra sus mismos aliados.

Y fué así como un día, vieron el Cacique Nicoyán y su amigo Curé, llegar hasta su refugio a una joven india "viceita", amparada a las sombras de la noche.

Venía de la tribu de Nandayure y como portadora de informes hizo pasar, hablándoles de la caciquesa Nandayure, su Yaresa.

Ella puso a Nicoyán al corriente de muchos peligros y emboscadas, dándole datos sobre los "Too cu - Nuari" y llorando en fin les dijo que sólo les pedía abrigo y protección contra su Señor, Tamyée. En un pedazo de cuero de iguana, trazados con caracteres morados de tinta de "nacascal", llevaba unas inscripciones escritas por Nandayure, según dijo la india, donde le pedía ponerse a salvo de las emboscadas de su padre y de la ira de los españoles.

El Halcón, débil por cierto a los encantos de la mujer, olvidó, contemplando aquella chavalita veinteañera, sus pesares y llantos, sus congojas y suspiros. Como un gran Yari, supo conquistar la esclava y olvidó en sus brazos las derrotas guerreras, y sólo pensó en una nueva victoria galante, que le dejó como saldo, la realidad de una traición. Ella, insinuante y ardorosa, conquistó en segundos el corazón del guerrero, lo que no pudieron las armas españolas. Después, en la placidez del sueño, con un brebaje sutil de factura española, lo dejó impotente. Fué algo así como si hubiera hecho de sus encantos unas redes, dejándolo dormir al descuido y dando a los cuyeos sagrados la tarea de los vigías mudos y vendidos.

Así entretegió la trama para entregarlo a los contrarios, sin una arma, una flecha ni una lanza, presa sólo, de amarguras y resabios.

Fué una mujer de su raza, la que se prestó a esa intriga. Fué un hembra la que logró domear a un león activo y fiero.

La flecha de sus encantos logró lo que jamás hicieron los arcabuces españoles, ni las espadas de los guerreros del sol. Y se valieron de una mujer los ambiciosos, quizás porque de sobra conocían, la única arma capaz de vencer al Halcón.

Todo esto reafirma, —Esmirna—, la creencia de que el demonio en el mundo nos presenta un panorama de encanto y seducción, pero sólo le falta un motivo esencial para consumir impunemente todas las fatalidades. La belleza que tiene la mujer. Pero creo que el mismo demonio aún siente escrúpulos de revestir con faldas su maldad.

Nicoyán sufrió lo indecible con esta nueva traición, pero es que seguro él, como verdadero amante no temió nunca que su corazón atravesara por pruebas dolorosas. Tal vez imaginó que esos reveses y sufrimientos, lo harían adelantar un paso más hacia el triunfo del amor deseado.

Por eso, —Esmirna—, me conoces a veces tan esquivo y retraído... es que no hay que fiarse de los que nos hacen corte con sus atenciones y palabras y nos demuestran una caridad ilimitada.

El Cacique creyó en la sinceridad de una mujer de su tribu y como el cariño y la amistad doblegan y seducen caracteres indomables, el suyo fue sumiso a la prueba de la traición, pues era uno de esos caracteres a los cuales no han sometido ni el estrépito doloroso del fuele, ni el fogonazo aterrador de las armas.

Así hubiera sucumbido el Halcón, víctima de su pena y de su desesperada inquietud, si no hubiera lavado aquella afrenta a sus ídolos, a su tribu y a sus mayores. Cuando reaccionó del brebaje tomado mientras dormía, en su pesada som-

nolencia, vió a su amigo Curé horriblemente degollado y ascendiendo por los farallones de las rocas, multitud de indios enemigos y de blancos ambiciosos que iban a tomarlo prisionero. Sus armas durante la noche habían sido arrojadas al precipicio. Estaba perdido! La hoguera encendida por la india Catorí, descubría a los invasores su escondite. Entonces Nicoyán elevó una plegaria al dios de su tribu "Zacaré - Yumá" y dió un grito desgarrador que resonó en la extensión.

Llevó sus dedos de la mano derecha golpeando sus labios mientras gritaba. Jaéeeeeeeeeeeeeee! Jaéeeee! Yúuuuuuuuuuuuu! Jaéeeeeee! Yúuuuuuuuuuu.....! y tomando con furia la navaja de sílex, única arma que en su cinto había quedado escondida, descargó un golpe seco en la cabeza de su delatora que aún dormía confiada en la efectividad del narcótico suministrado al indio. El golpe de Nicoyán abrióle el cráneo a Catorí, la pérfida entregada, y quiso matarse después, morir altivo, siempre libre como un león salvaje, antes que caer prisionero en manos de los odiados españoles.

Lloró sus últimas lágrimas sobre el cuerpo de su amigo Curé; su amigo inseparable y leal, su fiel acompañante y única persona que muchas veces hizo que el brazo de Nicoyán no cayera sobre la víctima propiciatoria de sus venganzas. Sólo el cariño de Curé dulcificó muchas veces los arrestos sanguinarios del cacique... y es que el cariño, el amor, la amistad, tejen al rededor del hombre un ambiente que no es otra cosa que un foco de vida de donde irradia sin cesar: fuerza de luz, fuerzas sutiles como mensajeras de paz, y estas benditas irradiaciones pueden responder a todos cuantos estén sedientos de eterna belleza; a todos cuantos deseen soñar con una eterna comunión entre dos almas.

Nicoyán al desear aquel suicidio heroico, talvez quería un destino libre, yéndose al lado de su padre, al "Kuro - kali" de los héroes, antes que seguir viviendo esclavo de los blancos, deshonorando la tradición de su tribu y la memoria del Gran Cacique Nicoa, de quien descendía con orgullo.

Si a su antepasado no lo había logrado domeñar Don Gil González Dávila, a él tampoco lo lograría someter al cautiverio, ni Don Fernán, ni su enemigo Tamyée, padre de la caciquesa Nandayure.

NANDAYURE

Herido mortalmente, al fin cayó en manos de sus enemigos el Cacique Nicoyán.

De ello se alegraron los ambiciosos españoles. Estos lo curaron y lo trataron como debían, de acuerdo con su rango, pero no por humanidad, sino por el valor inmenso que para ellos significaba aquella testa coronada.

Allí no hubo caridad por el cacique ya vencido. El capitán español le hizo bien, porque, cuántas personas hay que practicando el bien, sólo buscan su propia satisfacción.

Después, aquellos españoles eran crueles y sanguinarios; eran en su mayoría la hez de las clases desheredadas y aventureras, que sólo llegaron a las Indias a calmar su sed de oro, o por rehuir la garra expiatoria de la justicia, por sus múltiples fechorías.

Eran aventureros mercenarios endurecidos por la guerra... porque la guerra es eso: fragua que forja corazones duros; crisol que diluye sentimientos y principios de humanidad y de cariño. Es tenaza que oprime y estruja la fraternidad reinante entre los pueblos, y es mazo en fin que golpea y forja nuevas idealidades, templadas por la sangre y la venganza.

Cuándo aprenderán los pueblos que la ley del más fuerte, —cincelada por la fuerza de las armas—, es estructura que se carcome luego por el orín de los odios, y las venganzas solapadas, de los que ineludiblemente han de quedar vencidos!

Y cuándo aprenderán las generaciones a sufrir con decoro una derrota... y a no embotarse de gloria los vencedores, solazándose en el dolor de los caídos?

El día que los pueblos aprendan desde las cunas el civismo y mamen leche de fraternidad, sin odios, y mixtificaciones de egoísmo..., las generaciones todas vivirán un sólo techo, comerán en el pocillo de la concordia y apagarán su sed en la única fuente del derecho común inalienable.

El león y la pantera son hasta buenos y compasivos cuando no los acosa el hambre, pero esos encomenderos, mataban por el placer de matar y robaban por la satisfacción de robar.

Por eso Fernán el Bueno, entregó el rehén al indio Tamyée para que lo curara y lo cuidase, pues era casi mortal su herida.

Prisionero de sus rivales, el Halcón herido, sintió que em-

pezaba a sanar la herida de su frente, pero que se le iba abriendo en cambio — cada hora más — otra mortal herida en su abatido espíritu de guerrero.

Ser esclavo... qué humillación! Vivir sujeto a la voluntad de su enemigo... qué locura! Antes prefería morir. En su delirio y marasmo de tantas horas, había tenido momentos de sublime suplantación y de delirio... Hasta su cuja de enfermo real había llegado muchas veces una dulce fantasmagoría, delicada y femenina que indefectiblemente le llevaba el brebaje para su curación, la venda para restañar su herida y la caricia dulce para sosegar sus delirios y la alteración de su espíritu.

Esa tarde, la última de su gravedad comatosa, creyó estar alucinado, por la presencia real, — de la que en su marasmo fuera — como una fantasía idealista. Al despertar paulatinamente, se quedó enredado en la fibra inquieta de sus pestañas oscuras un jirón de sueño, a través del cual adivinó muchas cosas.

Creó ver una cabellera endrina, lacia y sedosa, desprendida de una fuente soñadora, que caía como una túnica real, sobra las mantas multicolores de su cama... Una cabecita redonda y graciosa, adornada de flores de malinche y papalán, de amplia frente ensombrecida por las dudas y penas, se inclinaba sobre él, auscultadora. De su piel morenita, morenita, como granitos de cacao tostado salía el reflejo de dos ojos brunos, oscuros como retazos de sombras prendidos en la ramazón de un terciopelo en flor... Y parecía que allí anidaban dos carbunclos, de los que vagan por las pampas rasgando a puñaladas la negrura de esas noches huérfanas de luna...

—¿Dónde estoy?... —preguntó el Halcón caído— en su suave lengua chorotega—, que más que una pregunta, fue una sucesión muy lenta de quejidos.

—En mi palenque amigo... Nicoyán. — Dijo una voz dulce como los primeros ecos de una chirimía.

Por qué estoy aquí a tu lado? Pues, qué ha sido de mí?... Y mi padre Nicoa?... Cúre!... Mis legiones victoriosas dónde están?... No...! No te acerques Catorí...! Donde están mis insignias reales de cacique chorotega?... — y mucho más, incoherente, confuso... Deliraba.

—Calla por favor! — pareció decirle ella, poniendo un dedo fino, gracil y sedoso en la febricitante boca del cacique.— Yo soy Nandayure, la heredera de Tamyée, el cacique del Vetka.

—Nandayure...? Ah! La traidora! La que en nombre de un amor que desconoce, me humilló como al último de sus vasallos. Nandayure! la falsa nativa que por baratijas y animales se ha entregado a los Too cu-Nuarí. La que dijo querer-

me tantas veces a la distancia y al amparo de los odios de su padre. La que me envió a la pérfida Catorí a buscarme para ponerme en manos de los españoles!... Pero, no te habrás de reír de mí. Tu esclava fué muerta por mi mano, como lo será tu padre y lo has de ser tu, pérfida nativa.

—Nicoyán... Nicoyán...! Qué es lo que dices? Yo no te mandé a Catorí... te envié el mensaje con Yaconís, mi esclava favorita. Yo no tengo ninguna esclava viceita y Catorí si lo era... Yaconís supo dónde te encontrabas por medio de tu confidente Cuzo..... "Too cu limán eg kuro - kalí!" (Dioses del paraíso, amparadme!) Qué habrá sido de Yaconís?... Qué decía el mensaje que dices, Nicoyán?... "Eg Yari soc man, nuriyán kaló?..." (Huye, Señor, tu amada te esperará siempre!) Pobre Yaconís! Talvez la sorprendieron, la obligaron a confesar y enviaron a Catorí para que te traicionara.

—Es probable entonces, Nandayure, porque Catorí llevaba un mensaje escrito en cuero de iguana...

—Imposible, Nicoyán... nada escrito te mandé! Yaconís sólo llevó una pluma de tucán, roja y bella como nuestro amor.

—Entonces Nandayure, cómo siendo vos hija de un cacique enemigo me has salvado la vida, arriesgando así la tuya?... O es que acaso soy tu cautivo?... — dijo dolorosamente el Halcón.

—No, Nicoyán, — contestó dulcemente Nandayure; — mi devoción por tí y tu linaje, mi admiración por tu vida valiente de guerrero, tu fama y tus conquistas, han ganado mi corazón en forma más brillante que si lo hubieras hecho a fuerza de tus armas. Eres mi cautivo, sí... pero cautivo en la "taiyac - caguá, da po cayuc - malá". — (Cautivo en la cárcel de mi corazón).

Aquel diálogo sublime en lengua chorotega, tenía todas las armonías y las sublimidades de dos almas gemelas, que ardorosas se asomaban a los ojos de los enamorados.

—Aún cuando mi padre y el tuyo, — siguió diciendo lastimosamente Nandayure — siempre habían sido enemigos, mi corazón siempre te ha seguido a través de tus aventuras guerreras. Mi dios "Balú-lo-jah", dios de mis circos y sacanjuches en flor y mis algodones en fruto, siempre ha tenido ricas primicias de las cosechas para que te conservara la vida. Mi padre ya conoce de mi amor por ti, noble Nicoyán y por esto he sufrido tanto... Yo en mi corazón... como tú en la guerra... He desairado a mi padre que me tenía prometida al cacique Corobicí, de allá de las tribus de Bagaces...

—Nandayure, Nandayure! — se lamentó dolidamente el Halcón, irguiéndose penosamente en su cama de enfermo. Sólo

temo que sea la desgracia la que nos ha venido a unir de nuevo. Ahora que ya es tarde, he llegado a saber la verdad de tu amor. Yo por mi parte, mucho he deseado llegar una vez siquiera a tu lado. Bien se conoce en todo el valle del Vetka, tu belleza de princesa soñadora, pero a mi me fué negada siempre la visión de tu amor. En mi tribu se deformaban tus encantos, para no despertar mis anhelos. Y el encono de nuestros padres nunca me dió oportunidad de rondar por los remansos de los ríos donde te bañas, ni de galopar por los trillos, donde tu piecesito moreno, iba regando estrellitas "guapes", en el polvito reseco.

—No es aún tarde, Nicoyán, — susurró a su oído la bella india Nandayure. Sólo espero que puedas sostenerte en pié y correr por las sabanas o agazaparte entre las rondas de algodones en flor; subir a los malinches o trepar a los ceibos copudos... para que puedas huír.

—Huír dices, Nandayure? — gritó emocionado el Halcón. Pero es que acaso no soy tu prisionero? No estoy pues de rehén de tu tribu?

No, Nicoyán, tu cautiverio ha sido puras "pupulucas", —asintió Nandayure—. No has visto acaso que ya no tienes tus insignias reales? Yo te he disfrazado y nadie te conoce. Nadie sabe que eres el Cacique Nicoyán, sólo mi corazón que te ha guardado y velado en tu delirio por diez soles seguidos! En el día te cuidan mis dos esclavas nahoas, ellas no saben el lenguaje chorotega, ni han podido penetrar mi secreto, y aunque así fuera, me son fieles y muy obedientes, porque si no, yo misma les hubiera dado muerte.

....—Gracitas pues, indita mía; si he de huír quiero llevarme el recuerdo más dulce de tu amor, para vivir de tí,—dijo quedamente Nicoyán tomando suavemente aquella cabecilla enamorada y recostándola en su pecho.

—No, Nicoyán, — susurró ella. — Sólo llévate en tu frente mi recuerdo y en tu chaquirá agrega mi amuleto, pero no puedes pensar más en mi cariño.

—Qué dices?... — gritó el enfermo incorporándose en su cuja. Acaso ya no es cierto tu amor por mí? Qué ha sido entonces de todo lo que me has dicho?...

—Oye, Nicoyán, — dijo llorosamente la doncella. —Yo he de quererte a la distancia, porque nuestros caminos ya están trazados uno al lado del otro. Nunca más nos encontraremos...

—"Por Too cu Niyán!" blasfemó el Halcón. Encuentro la felicidad para perderla al momento!

—Así es, cacique mío! — le dijo ella en su dulce lengua chapaneca. Mi padre, sabedor de mi amor por ti, ha concertado alianza con el aventurero, español don Fernán, el insaciable

"estu - curú" de oro, y de las riquezas de nuestra raza. Yo no se muy bien la lengua de los blancos ni los ritos de su Dios. Yo no quiero tener que irme de mi tribu! Yo no quiero a Don Fernán ese "chi-chí español"... , pero debo hacer la voluntad de mi padre Tamyée, pues el blanco me ha comprado por truenos y rayos de fuego: los "xoltá - ka ló", "cha ri - kará" y sus "Yabekuta - Chi chí".

El cacique Nicoyán escuchó aquella dura confesión de labios de su amada. Su acento chapaneca con la dulce inflexión de su pena y de su lloro, cobraba más emotividad y más dolor en su boca. Vió así desprenderse dos lágrimas huidizas de las pupilas de su amada, que fueron a juntarse con las suyas, — producto de la soberbia—, pues el rostro de la dolida india al ir a colocar el amuleto de su garganta de cocobolo florecido en el cuello del joven cacique, dejó al abandono emocional, su mejilla de virgen, ahumada por los rayos del sol tropical, reposar en la sien anhelante del enfermo que, juntando después sus labios con los de ella, selló con una ardiente y apasionada caricia, la historia muda de aquellas dos almas—juguetes del destino—a quienes la vida burlaba después de haberlas acercado con fruición.



LA FUGA

Llegaba entonces,—como quien viene de puntillas—el verano con sus tardes azulosas y moradas. El viento de diciembre traía perfumes de malinches, de crucillos y de resedas en flor. Como una lluvia acariciadora, las hojuelas de madero negro iban cayendo de las ramas para dar cabida a las florecitas nazarenas que se disputaban con las resedas, sandales y los sacanajuches, el dominio del aire embalsamado.

Las garzas morenas emigraron a los remansos y a los tumbo de los ríos, para jugar "ping pong" con las olominitas de plata que se asfixiaban en los recodos estancados de las enormes pozas.

Así también, volvió la vida para Nicoyán, que se agrandó bastante con las caricias de la indita amada. Y una noche, cuando la luna llena como un zapote madurito e inmenso, derramaba su miel rosada por el paisaje lempo de congos y cho-cuacos, Nandayure llegó llorosa, arrebujada en su dolor de hembra enamorada y le dijo a su amado que el odiado español Don Fernán había llegado para ofrecer presentes a su padre. Con el pretexto de que todos los indios de la ranchería fuesen bautizados, había llegado desde esa mañana el Capitán. Y seguro que por mucho tiempo — Aparte de su misión, lo que quería era reclamar a su padre Tamyée la inmediata entrega de su hija, según su convenio, por las muchas armas y regalos hechos por los españoles. Nandayure no ignoraba que había sido vendida al Capitán Don Fernán y que su precio fué, la captura del Cacique Nicoyán. Ella lo sabía bien y así se lo hizo saber a su amado. Ella no sería más que un trofeo, una joya bonita entre los haberes del español, a quien tendría que acompañar hasta la ciudad de Cartago, en un palenque muy grande, hecho en las tierras del Cacique Guarco.

Por eso ella, llorosa y triste había ido a ofrecer un holocausto ante "Zoo lo cu - Mará", para que no se llevara a cabo el fatal designio de su padre; pero parecía que el dios no había querido oírlo.

—Sí, Nicoyán, regresa a tus dominios, — le dijo la india enamorada, reclinando en sus hombros de atleta su doliente cabecita. El canto del cuyeo en las noches de luna, te dirá cuánto te quiso tu amada que se fué.

—No, Nandayure! Vivamos para nosotros mismos,—gritó desesperadamente el Halcón. Abdicaré mi herencia y caciazgo y huiré contigo a las selvas, o vagaré contigo por las orillas del mar en mi cayuco real, que guardan mis remeros de Corozal. Construiremos en él un toldo de ilusión, haremos un palenque flotante, que nos lleve a la felicidad.

—Ah! Si yo pudiera huir contigo, qué lejos me dejaría llevar! — parecía decir ella entre sollozos, dulcemente, en su melodioso dialecto inconfundible.

—Y yo, qué lejos te llevaría, en alas de este amor que ni la belleza del lamento del quijongo, ni el acento de las ocarinas, trompas y caracoles..., ni de las chirimías, puede jamás decir!... — clamaba suplicante o parecía expresar el indio abatido y desesperado, que dulcemente jugaba con las trenzas displicentemente tejidas, de su amada chorotega.

—Calla, Nicoyán, que tengo ansias de volar contigo hasta el confín—, dijo sollozando Nandayure.

—Vamos pues a mi tribu, — asintió el Halcón. — Mi gente estará reunida de nuevo y al grito de batalla esas huestes lucharán por defender nuestro amor. Nicoyán se irguió amenazador como si retara a los dioses de su tribu con rabia y osadía. Yo no te quiero dejar, — parecía decir el indio enamorado a Nandayure, — aunque tenga que desagradar a los dioses de mi tribu, pues aún me siento, como se sienten los pumas caídos en las trampas tendidas en la hojarasca de la selva... fieras vencidas pero no domadas. Así son mis instintos, y mi cabeza de supremo "Yari" de los Chorotegas, sólo se doblará ante vos, Nandayure, para soñar en tu regazo de algodón oscuro... y diciendo esto reclinó su cabeza altanera, dolorosa y abatida en esos momentos, entre los senos desnudos de su amada, que se erguían retadores, imprimiendo majestad a la línea de su cuerpo semidesnudo de diosa.

Y así abrazados, diciéndose muy quedamente sus ternezas, en su lengua chorotega, permanecieron largo rato unidos por sus caricias lánguidas y voluptuosas, de hijos de las selvas.

Semejaban en la penumbra, al fondo del rancho alicaído, dos estatuas de bronce oxidado, a quienes el pintor de la noche, con acuarelas de luna, daba un toque final, con displicencia de artista.

Esa noche, a la luz de los cocuyos y luciérnagas del aire, el ranchito discreto, arrebujaado en la selva como si fuera un sombrero enorme de palma abandonado al disgusto..., supo de los misteriosos encantos de una alcoba nupcial, en donde los dos enamorados ofrendaron a su dios penate, la primicia de su pasión ardorosa... hecha cópula de besos...

Y despertaron de aquel marasmo, borrachos de dicha y

aletargados de amor, cuando ya la luna empezaba a tramontar como peregrina cansada y llorosa, la cresta bajera de las colinas cercanas.

El espanto se apoderó de los enamorados, al despertar cansados de aquella noche de amor... De una noche?... El día con su fardo de fatigas y de horas calurosas no había logrado interrumpir la consumación del holocausto divino en el ara de la pasión.

Sus mentes embotadas de besos y caricias y enmarañadas de recuerdos de muchas horas de ilusión, no percibieron la tarde que caía, de otra noche quizás fatal.

Estas tardes de verano, Esmirna, en las regiones milagrosas de la pampa guanacasteca, aún siguen siendo las mismas de ese año de 1599... La luna llena, como una vieja curiosa, asomaba nuevamente su cara de papaya remadura por las colinas raseras.

Los últimos celajes del sol, caído de espaldas en la nemo-rosidad lejana de los cerros, no habían desaparecido. Y es que en esta bella región del Guanacaste, existen siempre las luchas de los encantos y bellezas naturales, en que el sol bochornoso y aperezado bastante, piensa mucho el momento de dejarle el campito y el dominio de la luz, a las noches de luna y de "romance".

Aquella tarde, prematura pues, el sol dudoso ya había mordido — como "cusuco" hambriento — en la cueva de la penumbra gris, los lomos de las sierras desnudas de vegetación.

Y aquellos dos enamorados indios, despertaron con la idea fija de huír por la montaña azul. Salieron ambos a la extensión del valle a contemplar la hora en que se refocila la luz final del día que ya agoniza, con la luz macilenta de la luna.

Esta, igual que una mayestática india vieja, prendía remiendos oscuros en el mandil harapososo de la tarde ida. Y esperaban los dos la hora propicia, para huír por el vado, bordear el barranco, o trepar las sierras de Cerro Azul y Candelaria.

Nandayure entonces, como un secreto supremo le dijo a Nicoyán, cómo había preparado su fuga. Le dió un pintoresco disfraz a su amado; le devolvió su broquel que en tantas batallas le había acompañado, su puñal de sílex, su navaja de obsidiana, su maza de pedernal, un "tahalí-miyac" que había robado a su padre de entre los varios que los españoles le habían regalado para comprar su amor. Le dijo que cerca de los cementerios, escondido entre las frondas, en los "sitios" de la quebrada, del primer curso del río Nandayure, — llamado así, porque era allí donde ella se iba a bañar, — había dejado ella escondido en compañía de su confidente Cuzo, su "Yabekuta -

Chichí", que también había evitado que cayera en poder de los españoles.

Arrastrándose ambos a trechos, para no despertar recelos entre la indiada dispersa en los contornos del valle y evitando provocar una algarabía de "chocuacos" o de "estucurues", animales sagrados de los indios—, llegaron pronto, jadeantes y cansados, hasta el sitio en donde por tanto tiempo estuvo repastando su "Yabekuta - Chichí".

Poco costó al astuto indígena, atraerse la confianza de su cholpo casi hurraño; montaron prestos en él y galopando así por varias horas, en alas de su amor chorotega, llegaron a las rancherías de los dominios del cacique Nicoyán.

Agazapados los dos como iguanas, a la sombra del piñuelar de la ronda, ya en territorio del cacique, iban a atravesar la Plaza de los Idolos, para llegar al Palenque..., cuando... una voz ronca dolorida y resonante como un quijongo destemplado, rasgó la quietud de la noche asustando en las rondas polvosas los "cuyeos", en las enramadas los "chocuacos" y en los aleros de los ranchos de los sacrificios los "olopopos" y las "sorococas" sagradas.

Una ola de temor invadió todo el cuerpo núbil y grácil de la doncella, que por un instante solo, creyó ver desatada la furia de su padre sobre su cabecita enamorada y loca, que amó, con amor apasionado y grande, capaz de perdurar en los anales de la historia. Dos almas que se encontraron rivales, surgieron enemigas y se fundieron enamoradas en el crisol en que se amalgamaron, tiempo después, las intrigas y los odios intestinos de una raza heroica y decidida a los mayores sacrificios, por mantener esa virilidad y ese ancestro, que sólo la raza chorotega dejó escrita con letras de obsidiana y de sangre hecha rubies, en las páginas del tiempo.

Amor de Nicoyán y Nandayure! Dos almas gemelas que dialogaron a la sombra de los celbos copudos y de los espave-lares en flor; amor indio que al arrullo de las linfas cantarinas de los ríos de la llanura, y al abrigo de los ranchos caidizos y emotivos, entre la varazón de sus paredes, aprisionaron muchas noches misteriosas el embrujo de la luna, para usar esos rayos argentinos, de colcha etérea con que arrojaron su "romance" y su idilio inmortal.

EL DUELO DE DOS SOMBRAS

Nicoyán vió entonces dibujarse en la penumbra de la plaza oscura de los sacrificios, una arrogante figura de reluciente cota de malla y casco de guerrero, a los indiscretos rayos de la luna.

Pronto adivinó el cacique que el intruso que le gritaba en las sombras, era el odiado español Don Fernán, hijo de Fernando de la Cueva, — antiguo Alcalde Mayor, — y ahora Primer Oficial de Diego Peláez, — Teniente de Alcalde Mayor, — y que montado en brioso corcel, trataba de interceptarles el paso.

Nandayure comprendió la tragedia del momento, y se arrebujó medrosa en los brazos de su amado.

Fué sólo un momento de incertidumbre, porque ya el caballero español, descendiendo del caballo, espada en mano gritó de nuevo:

—Nicoyán! No corras tanto, que aquí está tu enemigo Don Fernán, que viene a reclamar lo que le debes, por designio del Dios de los cristianos, y por la voluntad de Tamyée, el padre de Nandayure.

—Yo no tengo más ley que mi cariño, ni más escudo que mi amor—le respondió Nicoyán, irguiéndose valientemente de entre las sombras.

—Eres pues mi rival y mi enemigo. Que el Dios de mis padres dirija mi brazo, para lavar con mi espada, esta afrenta hecha a un noble español. Escoje entonces, Nicoyán, la lucha entre nosotros dos y la muerte en consecuencia, o la muerte de Nandayure, bajo mi hoja toledana.

—Mi amada no tiene por qué pagar la envidia y el encono tuyos, Señor. Y tu espada, Don Fernán, aún no tiene la suficiente dureza para clavarse en mi pecho. Por el amor de ella peharemos y por ella he de vencer... — gritó, mas que dijo, el valiente chorotega, en una endemoniada jerigonza indoespañola.

—Lo veremos, cusuco!—gritó enfurecido Don Fernán, poniéndose en guardia.

Esta rutina la siguió el español, creyendo que así atemorizaba a El Halcón, pues pensó que podría detener la marcha

de los fugitivos con la amenaza de su espada, ignorando que Nicoyán, como un valiente, también se sabía poner en guardia, sosteniendo en su izquierda su adamasquil, o broquel de oro bruñido—insignia caciquil,—mientras en la diestra, blandía un filoso "tahali - miyac" de la misma factura toledana.

Nandayure lloraba, arrebujaada a la sombra del matapalo frondoso de la plaza, bajo el cual se llevaban a cabo los ritos de la tribu del pueblo de Nicoa.

...Y allí... a pocos pasos del ara "too - cu", ellos, cual dos fantasmas morenos, brillosos por la luz lunar, levantaban en sus brazos, el arma filosa de su venganza maldita. Don Fernán traía brillante e insultante espada, que abrillantaba aún más, la sevicia de su pasión torva y malvada...

...El otro... Nicoyán, traía el broquel bruñido, con banda de cuero de tigre, que era el escudo guerrero, con las insignias de su raza.

Allí estaban frente a frente: dos sombras, dos razas, dos religiones y dos almas de machos valientes, que se jugaban un destino por el amor de una hembra.

Allí estaban frente a frente, dos sangres viriles, la chorotega y la española.

Sus pasos cautelosos y medidos que los acercaba o los alejaba cada vez más, los semejava a dos soberbios jaguares, cuando en la selva abrupta, se disputaban una presa.

Se acercaban... se alejaban... de un salto capeaba cada cual el golpe de muerte de su rival. Las armas a los rayos chillantes de la luna... eran como fogonazos; eran signos de odio que se trazaban en el aire, yéndose a perder con golpe seco en el broquel del indio, en un paro magistral en la guarnición de la espada... o en el vacío, que era como un vientre invulnerable. Ambos, como gatos monteses, se defendían venenosos relampagueando las armas, que al choque estridente y desgarrador crujían... los aceros gritaban en la sombra al ludirse emponzoñados... gesticulaban como monos, silbaban buscando la estocada fatal, y como rayos malditos, desgarraban, chirriaban... parpadeaban enloquecidos... y ellos, con sarcasmo inaudito se envenenaban las pupilas de sus ojos de fuego.

El duelo era de gigantes, no de hombres. Eran dos sombras escapadas de un aquelarre maldito. Aquel duelo parecía más que todo un cuadro de desesperados suicidas, pues era un combate a muerte. Sin ninguna norma ni regla de esgrima... —el cacique no las conocía; por eso blandía su mortal tahali - miyac" a tiro de muerte, a desgarrar... a partir. El buscaba sólo la cabeza de su rival para cercenársela de un tajo, o el corazón de su enemigo para destrozárselo en dos.

Don Fernán por su parte, no era allí el gallardo espada-chín de otros días, pues no seguía ninguna cláusula esgrimática, para atacar o defenderse. No podía, pues el cuchillo de Nicoyán, no llevaba más que un sesgo, su muerte.

El español temía entonces que el tercio medio o el tercio débil de su espada, fallara al ludirse con el "tahalí - miyac". Su posición en guardia era continua, por los ángulos que marcaba su brazo para parar los golpes. Se empleaba a fondo y la punta de su espada iba a estrellarse contra el broquel bruñido del chorotega ágil y felino. Hacía un tajo magistral y la supinación era inefectiva, pues su pierna izquierda al descubierto era amenazada de filazo. Era preciso que se empleara en contra, pues el "tahalí - miyac", ya lo acosaba. Sus paradas de tercera, cuarta y quinta eran magistrales, y cuando trabajosamente lograba un desesvolvimiento o tajo, el broquel desviaba el arma para ceñirse en un cuerpo a cuerpo y volver a caer en guardia.

En este estado de embriaguez salvaje, ya no se cruzaban los duelistas una sola palabra. Como remolinitos de viento que alzara un norte, en el recodo de un desmonte en llamas, así, esos dos amantes rivales giraban sobre sus pies livianos; ya agachados, ya erguidos, sudorosos, desangrados por las varias estocadas... hasta que el arma más enconada que en el brazo del Halcón rugía, se hundió sesgada en la tetilla izquierda del caballero conquistador, dejándolo tendido en el polvo de la plaza, como un enorme "garrobo" a quien se le quebrara la rama y cayera pesadamente en el suelo agonizando.

—Aaaaaaay! Maldita seas Nandayure, — exclamó Don Fernán... y en su agonía aún pudo exclamar.—...Por el Dios de mis mayores, te perdono, Cacique Nicoyán... Toma mi espada... invencible hasta... hoy; de un... valiente... a otro... va...liente! Te la de...jo por lo macho... y por ma...cho, te... perdono! To...ma también... mi ca...ba...llo... y vete... a los infier...nos... con tu india... tan be...lla y mal...decida... pues, por... su... cul...pa..., me...mue...rol!

.....

Así terminó su vida este fatal aventurero, Don Fernán el Bueno, insaciable y avaro de mujeres y oro, que en una mano daba religión, cultura y baratijas, y con la otra la estocada o el tiro de mosquete a quemarropa. Así murió, revolcándose en el polvo el que de tierras lejanas vino, buscando una amada sublime con cuerpo de oro y alma de mujer.

Nicoyán lloró sobre el cuerpo de su rival y, muchas horas

después, hasta el amanecer se oyeron los lamentos de luto del cacique y los sollozos de Nandayure, en el silencio obtuso de aquella plazona sagrada.

.....

Y aún hoy día, negrita, después de tantos siglos de olvido y de silencio, en las noches de luna y de misterio, los trasnochadores "achispolados", que atraviesan, en su "mejenga" insaciable, la actual plaza de Nicoya, creen escuchar lamentos lastimeros, bajo los centenarios matapalos de la plaza, en donde los más temerosos aseguran haber visto dos fantasmas baténdose a duelo de cuchillo.

Otros sonámbulos, tomados en su cobarde aprensión dicen haber escuchado, una maldición que da frío, y unos llantos que pueblan de temores la plaza oscura y silenciosa, que es hoy, muda testigo en su belleza legendaria y colonial, de lo que dijeron al mundo, el odio, el amor y los enconos de un pueblo hambriento de conquista, y de una raza que no supo doblegarse nunca.

ZACARÉ YUMA Y LOS SACRIFICIOS HUMANOS

Con el frillito veranal con que se inician las madrugadas anunciando el despertar de una mañana clara, se apaciguaron los remordimientos del Cacique Nicoyán, que rendido de fatiga se había quedado dormido con Nandayure a los pies del ídolo Zacaré-Yumá, donde se ofrecían los holocaustos durante las grandes fiestas de la tribu.

Eran las cinco y media de una mañanita que jugueteaba desnuda, luciendo las bellas formas de su paisaje montuno.

Chorreando agua aún del baño matinal, regresaban los indios todos y las doncellas del vecino río Chipanzo y sus pozas, donde se acababan de bañar. El Pó-hoto, o Gran Sacerdote de la tribu dijo a uno de los nobles más distinguidos:

—Creo que es necesario, después de tan larga espera, hacer nuevos sacrificios a Zacaré Yumá, para poder designar el nuevo Cacique de la tribu.

—Es el mejor camino,—dijo el noble.—Nicoyán, ignoramos qué se ha hecho. Nuestro Gran Cacique talvez nos ha abandonado.

—Creo,—dijo el Pó-hoto,—que fué muerto en el campo de batalla o tomado prisionero por los "aipu-tu we pá".

—Si así fuera,—respondió el noble, famoso "awa-pá" de los indios,—debemos nombrar con ayuda de "Zacaré-Yumá", y de Zoolu-cu-Mará", el nuevo Cacique que gobierne las tribus chorotegas, para que estemos listos si vuelven a robar y a atacarnos los "too cu-nuari".—

Y discurriendo de este modo tropezó el "Pó-hoto" con un "rá-kor", tendido en el polvo de la plaza, a los pies del ídolo de piedra con ojos de jade y cuernos de cabrío.

—"Tí-o rakíl Tí-o rakíl" —exclamó el médico de los indios. —Zacaré Yumá quiere un sacrificio!—y tomando el cuerpo desmayado de Nandayure, lo amarró en el ara del Dios sanguinario de los chorotegas.

Al momento mismo se oyeron en los ámbitos de la pampa yerma y bullanguera, los clamores guturales del pueblo sediento de sangre y sacrificios humanos. Los tambores sagrados retumbaron en el confin de la plaza mayor.

Pororón pom pom; pororón pom pom...
trán tan tan, trararán tan tan...